

HOLLY BEERS

ANTHIA DE ÉFESO

UNA SEMANA EN LA VIDA
DE UNA MUJER DEL SIGLO I

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2023



Este libro ha recibido una ayuda a la edición
de la Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Castilla y León

Tradujo Francisco Javier Molina de la Torre
sobre el original inglés *A Week in the Life of a Greco-Roman Woman*

Imagen de cubierta: Mujer con su ajuar (Pompeya, siglo I)
Imágenes de guardas: Nodriz con niño (Pompeya, siglo I); Retratos de
mujeres grecorromanas (Fayún/Egipto, siglo II)

- © 2019 by Holly Beers
Originally published by InterVarsity Press. Translated and printed
by permission of InterVarsity Press, P.O. Box 1400, Downers Grove,
Illinois 60515 - USA. www.ivpress.com
- © Ediciones Sígueme S.A.U., 2023
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tel.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2164-9

Depósito legal: S. 360-2023

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

Anthia contuvo la respiración. Estaba nerviosa. El parto de su amiga Dorema se complicaba. De tanto empujar, sus ojos inyectados en sangre y su mirada perdida revelaban que estaba a punto de traspasar el límite de sus fuerzas.

Anthia trató de respirar con normalidad mientras acariciaba el brazo de su amiga y le susurraba al oído que todo iba bien. Dorema necesitaba creerlo para mantener el control de las contracciones y empujar.

Reclinada en la silla del parto, la mujer no vio que la comadrona sacaba un pequeño espejo de metal y se lo colocaba entre los muslos. «¡Mira, Dorema! ¡La cabeza de tu hijo está aquí! ¿La ves?». Ella, haciendo un gran esfuerzo, estiró el cuello para mirar.

Al moverse para ayudarla, Anthia se vio fugazmente reflejada en el metal pulido. Sus oscuros cabellos estaban peinados con raya al medio y recogidos en un moño en la parte posterior de la cabeza. Sus ojos castaños no podían ocultar la tensión y su piel aceitunada brillaba por el sudor.

Levantó el brazo para secarse la frente con la manga de su túnica gris y a continuación guio la mano de su amiga hacia abajo, para que tocara la cabeza del bebé. *¿Por qué no sale ya?*, se preguntó. Había asistido en el parto a muchas mujeres de su barrio y creía haberlo visto todo: las fases, las complicaciones...

Se equivocaba.

Esto era nuevo, y Anthia estaba muy preocupada por su amiga. La cabeza del bebé ya había aflorado, pero no había progreso alguno. *¿Qué ocurre?*, se preguntó al tiempo que una oleada de miedo recorría su cuerpo. Comenzó una nueva contracción, y la comadrona le pidió que sujetara a Dorema desde atrás con ambas manos mientras ella la animaba a empujar.

El parto había comenzado antes del amanecer y ahora el sol se hallaba en lo más alto. Anthia hubiera querido preguntar la comadrona si era posible estar empujando tanto tiempo o si había indicios que anunciaran el desfallecimiento. *¿Cuánto tiempo más sería capaz de empujar?*

Dorema era su amiga íntima. Habían sido vecinas durante dieciocho años. Habían compartido los juegos infantiles, habían ido juntas a buscar agua a la fuente pública, habían ayudado a criar a sus hermanos, habían colaborado en las tareas domésticas, habían aprendido a cocinar al mismo tiempo y, más tarde, se habían convertido en esposas y madres casi a la vez. Este era el segundo parto de Dorema. Su primer bebé había sido una niña, pero su marido no la había levantado del suelo, negándose a reconocerla como hija suya y a asumir, por tanto, su crianza. La comadrona se encargó de llevar a la niña a un lugar de Éfeso donde solía exponerse a los bebés no deseados. Anthia sabía que seguramente alguien dedicado al comercio de esclavos la habría recogido y la estaría criando hasta que la niña alcanzara la edad suficiente para trabajar y ser vendida.

Los sollozos de Dorema hicieron que Anthia volviera a la realidad, mientras la comadrona colocaba una pluma de buitre bajo la silla de parto con la esperanza de facilitarlo.

Anthia se resistía a perder la esperanza, aunque ya se habían probado otros métodos. De hecho, horas antes Dorema había bebido orina de cabra y, poco después, le ha-

bían aplicado sobre el cuerpo un emplasto hecho a base de insectos. Se suponía que estos tratamientos favorecerían el parto, pero ninguno había funcionado. *¿Por qué razón? ¿Acaso no le dimos a beber suficiente orina? ¿Tendríamos que haber mezclado leche de cerda con vino?* Entonces, de repente, la respuesta se abrió paso en su mente: *Artemisa*. Sin duda, la diosa quería que Dorema sufriera tan terriblemente. No había otra explicación.

Anthia recordó las incontables veces que ella y Dorema habían ido al templo de la divinidad protectora de los nacimientos para encomendarse a ella durante sus embarazos. El primer bebé de Anthia fue un niño, un niño grande que había venido al mundo en un parto terrible. Se estremeció al recordar los desgarros y las hemorragias. Pasaron meses hasta que pudo volver a caminar con normalidad. Cuando se dio cuenta de que estaba embarazada de nuevo, no podía creerlo, pues ella y Fileto se habían abstenido de relaciones sexuales durante los últimos días de su periodo, tiempo en que, según enseñaba la mayoría de los médicos y comadronas, las mujeres eran fértiles. Incluso habían utilizado miel como anticonceptivo. Tras la decepción, llegaron las lágrimas, y no de alegría. La perspectiva de sufrir otro parto como el primero la aterrizó. *¿Podrá soportar mi cuerpo otra prueba como aquella? Si vuelvo a desgarrarme, ¿cómo sanaré?* El miedo la llevó a rogar a Artemisa con más fervor esta segunda vez. Y Dorema, que también estaba embarazada del segundo, había sido la compañera afectuosa que siempre estuvo a su lado.

Como habían hecho sus abuelas y sus madres antes que ellas, las dos amigas rogaron a Artemisa para que les concediese su favor. *¿Qué está pasando? ¿Acaso hicimos algo mal? ¿No participamos en suficientes ceremonias, sacrificios, procesiones o celebraciones de su nacimiento?* Intentó

recordar la cantidad de libaciones que se habían celebrado —ciertamente, habían derramado mucho vino—, pero se detuvo cuando cayó en la cuenta de lo pequeñas que habían sido sus ofrendas en comparación con las de la gente rica, que había sufragado la música, los bailarines, los sacrificios, los banquetes y las fiestas para beber en honor de Artemisa. Una ola de desánimo ahogó su alma, aunque enseguida recobró la esperanza. *¿Y si acudiera ahora, durante el parto, a suplicar a la diosa?* Anthia y Dorema habían rezado juntas a Artemisa al principio del parto, pero quizás no había sido suficiente. *¿Acaso la diosa reclamaba más oraciones? Espero que no necesite pan, ni monedas, ni vino, ni incienso, porque no tengo nada que ofrecer.* Volvió a mirar el espejo de metal y se sorprendió al comprobar que en el mango tenía grabada una imagen de Artemisa. *Eso es —suspiró en silencio—, Artemisa no está contenta.*

El miedo le produjo escalofríos. Era culpa suya. No había duda. Recorrió con la vista los rostros de las otras mujeres que estaban en la estancia colaborando en el parto y las notó preocupadas, pero sabía que ni de lejos lo estaban tanto como ella. Otra contracción sobrevino a su amiga, pero esta vez el gemido de Dorema sonó diferente, más débil. Alarmada, los ojos de Anthia se encontraron con los de la comadrona. No hacían falta las palabras. El bebé tenía que salir de una vez por todas.

Anthia se inclinó para susurrar al oído de su amiga: «Empuja, Dorema, empuja. Más fuerte». La respuesta de Dorema fue desoladora. No logró decir nada mientras la contracción se apoderaba de su cuerpo. Tampoco empujó.

Anthia sostuvo la espalda de su amiga y trató de alzarla, al tiempo que llamaba a las dos mujeres más cercanas para que agarrasen las manos de Dorema. «¡Decidle que empuje! ¡Que no se rinda!».

NOTAS HISTÓRICAS

PRÓLOGO

1. *Sobre el aborto, el infanticidio y la exposición*

Durante el siglo I d.C., el aborto, el infanticidio y la exposición de recién nacidos se practicaban de forma generalizada en el Imperio romano. Los motivos habituales eran la pobreza, la predilección por los hijos varones, las ineficaces medidas anticonceptivas, las dudas respecto a la paternidad y la legitimidad (incluido el caso de violación), las malformaciones, los malos augurios y el deseo de controlar la natalidad. Con frecuencia, estas razones se solapaban; así, una familia pobre podía exponer o matar a una hija porque pensaba que sería más rentable invertir sus escasos recursos en un hijo varón.

Los antiguos filósofos y médicos discrepaban respecto al momento en que comenzaba la vida, aunque era comúnmente aceptado que empezaba en el parto, cuando la criatura echaba el primer aliento, o incluso al cumplir cuarenta días. La antigua ley romana no consideraba que el feto fuera una persona. Quienes se oponían al aborto no solían alegar una preocupación por el feto, sino los intereses del Estado o del Imperio. Otra tendencia estaría representada por Sorano de Éfeso (98-137 d.C.), experto ginecólogo que abogaba por restringir el aborto solo a los casos en que la vida de la madre corriera peligro.

Con frecuencia, se procuraba el aborto introduciendo en la vagina supositorios o preparados a base de plantas

como lupinos o pepinillos del diablo (*Ecballium elaterium*). En ocasiones se empleaban también utensilios punzantes. No obstante, dados los riesgos asociados al aborto, lo más habitual era recurrir al infanticidio o al abandono. La decisión casi siempre la tomaba el padre y la ejecutaba un esclavo o la partera. Los niños eran depositados en canastas o vasijas y abandonados en diversos lugares, desde zonas deshabitadas a espacios públicos destinados a ello (sobre todo en las ciudades). El fin habitual de estos niños era la muerte. No pocos de ellos eran recogidos y criados por mercaderes de esclavos que, pasado el tiempo, los vendían. En contados casos eran adoptados y criados como hijos legítimos.

Estas prácticas eran legales en el mundo antiguo porque la sociedad no otorgaba ningún valor a los niños. Esta falta de consideración se basaba, más que nada, en la experiencia de que, a causa de la malnutrición y las enfermedades, aproximadamente la mitad moría antes de cumplir cinco años. Por su parte, la literatura judía y cristiana que conocemos condena dichas prácticas. Los autores romanos que tratan del tema se mofan de los judíos por criar a todos los hijos que les nacen.

2. *La diosa Artemisa*

En la mitología griega, Artemisa y su hermano Apolo son hijos de Zeus y Leto. Según esta teogonía, Artemisa hizo de partera para su madre, ayudando a nacer a su hermano gemelo, Apolo. Los efesios hicieron suyo este mito y situaron la escena del parto en una cueva a las afueras de la ciudad, justificando así su particular relación con Artemisa. La Artemisa de Éfeso es, por consiguiente, una diosa sincrética que encarna rasgos tanto de la deidad griega clásica como de una diosa local (o de varias diosas).

Durante el periodo neotestamentario, los testimonios históricos informan de que los efesios celebraban cada año dos grandes festividades en su honor. En una se conmemoraba su nacimiento con música, bailes, fiestas, sacrificios y sacerdotes que desempeñaban el papel de protectores demoníacos de Artemisa durante su nacimiento, ahuyentando a la diosa Hera. La segunda festividad, conocida como la Artemisia, incluía probablemente certámenes de música y teatro, así como competiciones atléticas. Por otra parte, existen indicios de que el templo estaba atendido por sacerdotisas.



Artemisa, la diosa protectora de Éfeso.

Además de estar asociada de forma general con la salud y la seguridad (pues se creía que su nombre reflejaba esos valores), Artemisa era aclamada como la más grande, la más santa y la más excelente, y se la invocaba con títulos como «Reina del cosmos», «Señora» (la versión femenina de «Señor») y «Salvadora». Era la protectora de Éfeso y, en particular, de las mujeres que se encomendaban a ella para tener un buen parto.

Su templo, el Artemision, estaba edificado extramuros, a unos dos kilómetros del centro de la ciudad. Por su tamaño y esplendor era muy famoso, considerado una de las siete maravillas del mundo antiguo. Medía aproximadamente 128×69 m (cuatro veces el tamaño del Partenón de Atenas), contaba con 127 columnas de unos 18 m de alto y estaba decorado con obras de los más célebres escultores y pintores de la época. Gracias a sus recursos económicos

ÍNDICE GENERAL

EL RELATO

PRÓLOGO	7
MIÉRCOLES, día dedicado a Mercurio/Hermes	13
JUEVES, día dedicado a Júpiter/Zeus	27
VIERNES, día dedicado a Venus/Afrodita	47
SÁBADO, día dedicado a Saturno/Cronos	73
DOMINGO, día dedicado al Sol/Helios	97
LUNES, día dedicado a la Luna/Selene	117
MARTES, día dedicado a Marte/Ares	141
EPÍLOGO	151

NOTAS HISTÓRICAS

PRÓLOGO	155
1. Sobre el aborto, el infanticidio y la exposición	155
2. La diosa Artemisa	156
3. Los peligros del parto y de la infancia	158
MIÉRCOLES	159
1. Las asociaciones	159
2. El matrimonio	160
3. Pobreza y subsistencia	161
JUEVES	162
1. La vivienda urbana	162
2. La alimentación	164
3. El saneamiento urbano	166

VIERNES	167
1. La medicina y los médicos	167
2. Los tejidos	168
3. La dentadura	169
SÁBADO	170
1. Los tintes	170
2. Los cosméticos	171
3. La lavandería y el batán	171
4. La esclavitud	172
5. Los perfumes	173
DOMINGO	174
1. Las bebidas alcohólicas	174
2. El honor y la vergüenza	175
LUNES	175
1. Las casas de terrazas en Éfeso	175
2. El sistema de patronazgo	176
MARTES	177
El pelo, la barba y los barberos	177
<i>Bibliografía</i>	179
<i>Dedicatorias y agradecimientos</i>	183
<i>Índice de imágenes</i>	185